

MIGRACIÓN Y MARGINALIDAD

Migración

Con la crisis del modelo asumido por la mayoría de los países del mundo capitalista, desde mediados de la década de 1970, se establecieron respuestas que desembocaron en un conjunto de transformaciones sociales a nivel mundial, entre las que se encuentran aquellas que tuvieron un profundo impacto en los procesos migratorios, en este caso, bajo el nuevo orden internacional, se constituyeron, a la vez, nuevas dinámicas migratorias, bajo el concepto clave denominado globalización, del cual hemos hecho bastante referencia. Por lo tanto, la globalización económica implica la movilidad y flexibilidad de todos los factores productivos, incluida la mano de obra, lo que ha dado origen a una generalización de las migraciones internacionales: el trabajo también se mundializa.

La globalización ha incentivado la información constante por parte de los medios de comunicación, el abaratamiento de los medios de transporte y el funcionamiento cada vez más dinámico de las mafias de traficantes de inmigrantes ilegales, que es un fenómeno que crece cada día más, conforme las necesidades de las personas a emigrar aumentan; sin embargo, no hay que olvidar que el movimiento transfronterizo de la mano de obra es un fenómeno que siempre se ha dado, independientemente de que existieran los mercados globalizados.

La nueva era de la migración se origina por la combinación de tres procesos, uno de los cuales es la expansión geográfica de las migraciones, que incluye nuevos flujos del norte y oeste de África, así como de Europa del este y de la antigua Unión Soviética. Esta nueva geografía de las migraciones comprende nuevos destinos: países como Italia, España y Grecia, largo tiempo exportadores de mano de obra, se han convertido en áreas receptoras, y algunos de los más prósperos países de Europa central, donde se han originado significativas migraciones, se han convertido ahora en nuevas áreas receptoras: Polonia, República Checa y Hungría.

Los factores que favorecen algunos movimientos en particular, como el de los norteafricanos y subsaharianos, y el de latinoamericanos a Europa, especialmente a España, son la proximidad y las relaciones coloniales o lazos históricos previos, los contactos frecuentes, el

conocimiento del idioma y las redes sociales que funcionan desde hace mucho tiempo en varios países de Europa occidental. Una situación similar ocurre con los mexicanos que emigran hacia Estados Unidos.

La suma total de migrantes internacionales no se conoce exactamente debido a la carencia de datos de algunas zonas y a la falta de congruencia de las fuentes disponibles. No obstante, existen algunas estimaciones que permiten acercarnos a la magnitud del fenómeno. En la década de 1990, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) estimaba que existían entre 70 y 85 millones de migrantes (de los cuales 30 o 35 millones eran trabajadores, que equivalían a 1.2-1.4 por ciento de la fuerza laboral mundial), y más de 20 millones de refugiados. El conjunto oscilaba entre 90 y 105 millones de personas residiendo fuera del país de nacimiento, lo que representaba alrededor de 1.7 por ciento de la población mundial, es decir, aproximadamente el volumen de crecimiento anual de esta.

Mientras que Tapinos (2000) plantea que esta cifra es mayor, pues para 1990 las cifras arrojaban que 110 millones de personas vivían fuera de su lugar de nacimiento, cifra que correspondía al 2.8 por ciento de la población mundial. Estas cifras están obviamente bastante subestimadas, pues no se contemplan las migraciones temporales ni las clandestinas. Además de que en la década de los 1990 se intensificaron los flujos migratorios, por lo que las cifras pueden ser superiores. Con todo, Tapinos opina que no se trata de un fenómeno de migración masiva, punto de vista con el que coinciden otros autores, pues la mayor parte de la población de los países emisores de migrantes permanece en sus lugares de origen.

Por su parte Castles (2000) maneja que el número de personas que residía fuera de su país de nacimiento en todo el mundo aumentó de 75 millones, en 1965, a 120 millones, en 1990, cifra superior a la de Tapinos. Este número de migrantes en 1990 equivalía, aproximadamente, a dos por ciento de la población mundial. Por lo tanto, estos migrantes aumentaron ligeramente con más rapidez que la población mundial en su conjunto, pero la tasa de crecimiento anual (1.9 por ciento para el periodo completo, de 2.6 por ciento entre 1985 y 1990) no fue espectacular; sin embargo, la migración internacional parece haber aumentado más rápidamente en el decenio de 1990, puesto que, según se estima, alcanzó aproximadamente entre 135 y 140 millones de personas, y hay quienes la estiman en 150

millones. En 1997 incluía a unos 13 millones de personas reconocidas como refugiados por la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur). No obstante, los migrantes internacionales seguían siendo una pequeña minoría, ya que la mayoría de la población mundial permanecía en sus países de origen; esta apreciación coincide con la de otros autores. Si estas cifras se comparan con la migración interna, esta es mucho mayor. Por ejemplo, en 1981 el número de migrantes dentro de la India ascendía a unos 200 millones, esto es más de doble del número de migrantes internacionales que había en ese momento en todo el mundo. En conjunto, en la segunda mitad del decenio de 1980 migraron, sobre todo internamente, entre 750 millones y 1,000 millones de personas. Obviamente que esta aseveración no disminuye la importancia que tiene la migración internacional en la India; basta saber que es el principal país captador de remesas internacionales.

Las nuevas formas de migración están relacionadas con transformaciones fundamentales de las estructuras económicas, sociales y políticas que tuvieron lugar en la época posterior a la Guerra Fría. Una de estas transformaciones es el proceso de mundialización, que supone una convergencia creciente de economías, mercados y culturas, que fomenta la migración internacional. Además de la mundialización de los movimientos de capital y del comercio, es probable que el surgimiento de mecanismos de cooperación económica regionales tenga repercusiones en la migración internacional en todo el mundo; aunque todavía no está claro cuáles serán precisamente esas repercusiones (Timur, 2000: 7). Incluso esto se manifiesta ya en la Unión Europea en los fuertes movimientos de población que hay entre los países comunitarios. Pese a que las características migratorias de España han cambiado, este país continúa siendo un importante receptor de remesas que envían los emigrantes.

Consideraciones en torno a las migraciones internacionales

De acuerdo con Revestein (Elizaga y Macisco, 1972), la migración surgida a mediados del siglo XIX se desarrolló en un periodo caracterizado por el crecimiento y consolidación de la sociedad industrial en las actuales naciones poderosas, sobre las que se enfocaron los estudios de la migración; en aquel entonces predominaba la concepción de que la migración contribuía esencialmente a la "modernización", a la "movilidad de la fuerza de trabajo" y al "crecimiento económico".

En la actualidad, la migración se percibe como un proceso evolutivo en donde los circuitos de comunicación se encuentran establecidos sobre las bases de "redes interpersonales"; esto ocurre en retroalimentación e interdependencia con la economía mundial. De cualquier manera, se define a la migración como el cambio de lugar de residencia de las personas o familias.

Estos movimientos se encuentran relacionados con el espacio y el tiempo, en donde se considera la distancia y la duración del proceso, lo que permite distinguir diferentes tipos de migración: las temporales –aquellas que se dan por periodos cortos–, las estacionales –relacionadas con las temporadas de cosecha– y las definitivas –ocurren cuando se abandona el lugar de origen para siempre–. También se caracterizan, según el destino, como migración interna e internacional: las primeras se refieren a movimientos que tienen lugar al interior de un país o nación y las segundas, al traspaso de las fronteras entre países; es precisamente este último tipo de migración la que se analiza en esta lección.

De acuerdo con esta definición, se considera que la migración internacional es un fenómeno primordialmente social y las cadenas y redes migratorias constituyen microestructuras que sostienen los movimientos de población en el tiempo y el espacio. Las formas, la articulación y el funcionamiento que adquieren estas redes con el tiempo, influyen en las trayectorias espaciales y en las estrategias migratorias de los trabajadores (Pedone, 2001).

La migración desde una perspectiva histórica

Las migraciones han ocurrido desde siempre y sus características han ido cambiando de acuerdo con los diferentes periodos históricos. Se cree que en los últimos siglos han salido de Europa más de 80 millones de personas; en cambio, han llegado al continente americano un número no superior a 20 millones de extranjeros. El primero de estos flujos tuvo su origen en la época colonial, donde se impusieron las condiciones adecuadas para un asentamiento ventajoso de los colonos europeos. España tomó parte muy activa en este flujo migratorio, sobre todo hacia América Latina (donde se instalaron entre 8 y 10 millones de españoles).

La historia moderna de la migración internacional se inició con las grandes migraciones de 1850-1973. En este periodo se identifican dos subprocesos migratorios: el que comprende desde los inicios de la industrialización (1850-1920) y otro que se origina con la consolidación

económica y política del mundo occidental tras la Segunda Guerra Mundial: Europa occidental, Norteamérica y Australia (1945-1973) se convirtieron en los principales centros receptores. No obstante que en el primer periodo la migración tuvo un especial énfasis entre 1880 y 1913, decenas de millones de pobres, perseguidos y desempleados del sur y el este de Europa se desplazaron hacia las tierras abiertas y ciudades en crecimiento de América Latina, el Pacífico Sur y norte de África, y hacia las ciudades industriales de Europa occidental. Los mayores contribuyentes a las grandes migraciones fueron los estados europeos del litoral mediterráneo, además de Alemania, el Imperio Austriaco y el Imperio Ruso, mientras que los principales receptores se localizaban en Sudamérica. El crecimiento de la población de Argentina se debió principalmente a las altas tasas de inmigración: una tercera parte de la emigración alemana, la mitad de la española, una tercera parte italiana y la mitad de las emigraciones rusa y austriaca se asentaron definitivamente en ese país. En Uruguay, Chile y Venezuela se experimentaban pautas similares. También Brasil empezó a absorber un gran número de inmigrantes europeos, lo que lo convirtió, en 1914, en la nación con mayor inmigración del mundo.

Los flujos migratorios de mediados del siglo XIX fueron de tal magnitud que alcanzaron todos los espacios geográficos. El mayor de ellos fue el desplazamiento de hindúes, cuyo destino fueron las colonias tropicales dominadas por el Imperio Británico, que logró transmigrar hacia sus colonias americanas, africanas y oceánicas a 30 millones de hindúes, en forma prácticamente forzada. Hacia finales del siglo emergieron nuevas sociedades hindúes en la Guyana Británica, Fidji, las islas del Océano Índico, Malasia, Trinidad y África meridional y oriental. Por otra parte, el arribo de los inmigrantes chinos al sudeste de Asia fue de tal magnitud que desplazó a los malayos de Malasia como población mayoritaria, y generó el surgimiento de una nueva clase media chino-tailandesa, en las ciudades del Reino de Tailandia, y minorías en la Indochina francesa, las Filipinas españolas y las Indias Orientales holandesas. Asimismo, el asentamiento en la Guyana Francesa, en el periodo de 1850 a 1910, de casi un millón y medio de afrobrasileños, antillanos franceses y africanos de las colonias francesas del oeste fue también históricamente significativo. Estos movimientos han tenido importantes repercusiones no nada más en la configuración socioeconómica de los países receptores, sino que generaron una especie de plataforma para migraciones posteriores, a partir de las redes y enlaces que empezaron a crearse y que explican en cierta parte los procesos migratorios actuales.

Con las restricciones migratorias, a partir de 1920 hubo un giro en los movimientos de población, pues fueron ocasionadas por las consecuencias políticas de guerras y luchas civiles (refugiados, exiliados y desplazados). Hacia mediados de la década de 1920, también se unieron a estas corrientes restrictivas las autoridades migratorias de Sudamérica y Australia para cerrar sus puertas a los inmigrantes, mientras que Estados Unidos y Canadá reescribieron sus leyes migratorias para excluir a la mayoría de los pocos inmigrantes que pudieron ingresar a sus territorios nacionales. En cambio, Francia y Gran Bretaña mantuvieron su política de puertas abiertas a la inmigración; Francia inició en esa época su tradición de inmigración argelina.

La devastación de una amplia parte de Europa a raíz de la Segunda Guerra Mundial trajo como consecuencia dramáticas migraciones a través de Europa y del mundo. Buena parte de lo que quedó de la comunidad judía en Europa central y oriental después de la guerra, emigró en masa hacia el nuevo Estado de Israel, Argentina y Francia. Además de los refugiados, un cuarto de millón de bálticos y polacos que eludieron la imposición del sistema soviético en sus naciones se establecieron principalmente en Escandinavia, Sudáfrica y Argentina.

Hubo un segundo flujo migratorio que tuvo que ver con la expansión económica del capitalismo de la posguerra de la década de 1940 y 1950 en la Europa desarrollada, y cuya procedencia fueron los países pobres geográficamente cercanos (norte de África, Turquía, etc.), así como las antiguas colonias (América Latina, África y Asia), pero también del sur de Europa (Portugal, España, Italia, Grecia) (Aja y Carbonell, 1999: 21). Desde 1950 hasta los primeros años de la década de 1970, los países ricos de Europa occidental atrajeron a millones de trabajadores de las áreas menos prósperas del sur y sudeste de Portugal, España, el sur de Italia, Yugoslavia, Grecia, Turquía y el norte de África. Lo común era que estos trabajadores extranjeros permanecían temporalmente en el país de destino, y que dejaron a sus familias en sus países de origen (Krugman y Obstfeld, 1998).

La creación de las Comunidades Europeas en la década de 1950 y el rápido crecimiento económico de la época principalmente en Alemania, Francia e Inglaterra, generó una gran necesidad de mano de obra de otros países ante la escasez que existía en ellos, por lo que se circunscribieron acuerdos con una serie de países para que se les dotara de ella, lo que atrajo a un gran número de trabajadores migrantes, que viajaron desde los relativamente Estados

pobres del sur (España, Portugal, el sur de Italia y la región Balcánica) hacia la Europa del norte, más próspera. Para este conjunto de países fueron cruciales las remesas enviadas por los emigrantes; por ejemplo, en España las remesas familiares constituían el segundo rubro de ingresos por divisas de su balanza de pagos, solamente eran superadas por los ingresos obtenidos a través del turismo; una situación similar ocurría en Italia y en otros países exportadores de mano de obra. A principios de la década de 1970, el sur de Europa consiguió cierta paridad económica con el norte y empezó a atraer un creciente número de argelinos, turcos y sirios que emigraron hacia las ciudades industriales de Europa.

Otros grandes receptores de inmigración fueron los países anglófonos, como Canadá, Estados Unidos, Australia, y Sudáfrica. Mientras tanto, debido a políticas migratorias muy restrictivas, la población en Norteamérica creció muy lentamente, pero junto con la escasamente poblada Australia y Sudáfrica, recibieron a la diversidad de toda la emigración británica. Estados Unidos se convirtió en el principal punto de destino para los emigrantes. Aunque el crecimiento de Estados Unidos fue menor al de otros países industrializados, su base tecnológica y su tasa de natalidad por debajo del reemplazo hicieron de la inmigración una necesidad. La radical liberalización de la política migratoria estadounidense en la década de 1950 llevó al asentamiento permanente de 10 millones de inmigrantes mexicanos hacia estados del sudeste y de dos millones de canadienses francófonos hacia Nueva Inglaterra durante dos décadas. La enorme magnitud de esta migración, acompañada por la rápida tasa de crecimiento natural entre estos inmigrantes, así como las diferencias culturales, generó conflictos con las comunidades más consolidadas de Estados Unidos.

Marginalidad

El vocablo marginalidad se caracteriza por ser ambiguo y polisémico (Cingolani, 2009). Sin embargo, y más allá de su uso coloquial, hacia la década del 60 el término marginalidad comienza a ser utilizado en América Latina como un concepto dentro de las ciencias sociales para dar cuenta de los efectos heterogéneos y desiguales de los procesos de industrialización y desarrollo.

Este concepto emerge en un período caracterizado por un cambio de paradigma dentro de las ciencias sociales de la región. Hacia la década del 60 se incrementa el convencimiento de que el desfase con los países centrales no podría cubrirse mediante políticas de desarrollo, ya que

ese crecimiento estaba trabado por razones estructurales tanto internas como externas que debían ser removidas, dando lugar -así- a un clivaje desde la teoría de la modernización a la teoría de la dependencia. Consecuentemente, la emergente "teoría de la marginalidad" se construye en el campo de disputa de estos dos paradigmas en conflicto.

La preocupación por la problemática de la marginalidad en las ciencias sociales latinoamericanas surgió después de la Segunda Guerra Mundial, cuando comenzaron a aparecer en la periferia de las grandes ciudades núcleos de población viviendo en condiciones precarias (Oliven, 1980).

En sus inicios se llamó marginales a los asentamientos urbanos periféricos que comenzaron a extenderse en América Latina en la década del 30 y que adquirieron considerable magnitud a partir de la década del 50, y al tipo de vivienda existente en esos asentamientos. Lo periférico o marginal se definía en relación con un centro urbano y era respecto a las condiciones habitacionales medias existentes en ese centro como se juzgaban las carencias.

Desde la perspectiva de Cingolani (2009) posteriormente, y según un efecto de metonimia, se identificó la marginalidad con poblaciones que vivían en zonas pobres y periféricas, descuidando el hecho de que pobreza y degradación urbana no se encontraban siempre localizadas en el exterior de las ciudades, en sus suburbios, sino también algunas veces en sus centros históricos. En virtud de este efecto de metonimia, que substituyó la población al espacio que ocupaba, la marginalidad perdió su sentido topográfico inicial.

En este marco, y para la década siguiente, se cristaliza en la región algo así como una "teoría de la marginalidad" (Bennholdt-Thomsen, 1981), la cual constituye una de las contribuciones más originales y controvertidas de las ciencias sociales latinoamericanas (Auyero, 1997).

La década del 70 constituye una época en la cual los debates sobre aquella "franja de la sociedad que incomoda" (Rubinich, 1997, p. 116) se bifurcan. Por una vereda transitan los trabajos de Larissa Lomnitz y Alain Touraine, entre otros, intentando dar cuenta de la forma específica en la que se construyen y constituyen las conductas, los modos de vida y las prácticas en un contexto de creciente marginalidad. En la otra senda, y al decir de Bassols (1990), se produce un principio de traslape del sector marginal con el informal.

Hacia fines de la década del 90, América Latina transitaba procesos de fuerte reestructuración social asentados tanto en transformaciones decisivas en la matriz productiva y en el mercado de trabajo como en cambios producidos en la estructura y en las formas de intervención del Estado. El carácter estructural del desempleo, la masificación del subempleo y la "inseguridad endémica" (Beck, 2007) constituyen los rasgos distintivos que caracterizan el modo de vida de buena parte de la población. Es por entonces cuando el emergente escenario de fragmentación, heterogeneización y dualización social da lugar a la reinauguración del debate sobre la marginalidad en América Latina.

Es importante señalar que desde los últimos cincuenta años la estructura ocupacional ha experimentado profundas modificaciones. La misma se ha vuelto muchísimo más heterogénea e inestable, dividiendo los mercados de trabajo y agregando una enorme complejidad a la incidencia de los excedentes de población sobre los movimientos de la acumulación capitalista. La crisis de la fábrica fordista y las crecientes exigencias de especialización del sector servicios se combinan para producir un doble efecto: un relegamiento cada vez mayor de la mano de obra no calificada y una extendida incertidumbre ocupacional de los trabajadores calificados (Nun, 1999). Así, y desde la perspectiva de Cingolani (2009), la categoría de "excedente" se presenta como extremadamente poderosa para describir la situación contemporánea, en la medida en que se vuelve operativa para explicar las tensiones y las desigualdades en sociedades que se apoyan en los medios de información y que dependen de los mercados financieros.

Consideraciones finales

El concepto de marginalidad surge tempranamente en América Latina para dar cuenta de las crecientes desigualdades sociales observables en la región. Algunos autores plantean que esta noción anticipa una serie de temas que resurgen con fuerza en la década del 90 de la mano del concepto de exclusión.

Sin embargo, este último concepto surge en el contexto europeo para dar cuenta de los impactos de las transformaciones económicas, sociales e institucionales, y el avance de la globalización durante la década del 90. La precarización y la flexibilización de las condiciones laborales, los procesos de individuación de los vínculos laborales y el aumento de las desigualdades en el interior del colectivo de trabajadores constituían las transformaciones

más visibles en las relaciones de trabajo. El concepto supone también pensar en un pasado de "inclusión" al que se le opone un presente donde importantes grupos de población quedan a la vera del desarrollo (Cortés, 2006).

Esta situación -con una serie de matices, diferencias y heterogeneidades- también se replica en América Latina, donde la globalización y los procesos de cambio estructural han provocado la desaparición de formas capitalistas típicas del modelo de sustitución de importaciones (Cortés, 2006). La estabilidad laboral de la que había gozado buena parte de los trabajadores, se transmuta ahora en informalidad, subempleo, trabajo precario y desempleo abierto. Los incluidos pasan a convertirse ahora en excluidos.

Sin embargo, una mirada retrospectiva de la historia de nuestra región permite dar cuenta - también- de la presencia de sectores de población que nunca han sido convocados por el desarrollo capitalista o que han sido desplazados hace ya varias décadas, pudiéndose observar un carácter deficitario de larga data de los mecanismos de integración sistémica proporcionados por el mercado y/o por el Estado.

En este marco, es posible señalar que, si la tesis de la marginalidad se construyó en el contexto en el cual el modelo de sustitución de importaciones comenzaba a mostrar con mayor fuerza sus obstáculos y limitaciones, esta parece tener una sorprendente capacidad explicativa para dar cuenta de los efectos de los modelos de acumulación surgidos del Consenso de Washington y de una etapa de globalización capitalista.

Referencias:

- Muñoz, A. (2002). Efectos de la globalización en las migraciones internacionales. Scielo México. Recuperado de: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-74252002000300002
- Delfino, A. (2012). La noción de marginalidad en la teoría social latinoamericana: surgimiento y actualidad. Scielo Colombia. Recuperado de: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-48072012000200002#:~:text=Un%20antecedente%20al%20co